

# AMAR

¿PARA  
QUÉ?

MARÍA  
TERESA  
CAMPOS



MARÍA TERESA CAMPOS

AMAR, ¿PARA QUÉ?

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© María Teresa Campos Luque, 2014

© Editorial Planeta, S. A., 2014

Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

[www.editorial.planeta.es](http://www.editorial.planeta.es)

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Fotografías del interior: Album, © Eric Lessing / Album, Akg-Images / Album

En esta obra se citan las siguientes canciones: *En un rincón del alma*: © José Alberto García Gallo. *Esos locos bajitos*: © Joan Manuel Serrat Teresa. *Todo se derrumbó dentro de mí*: © Manuel Álvarez Beigbeder Pérez / Purificación Casas Romero. *Me cansé de rogarle*: © José Alfredo Jiménez Sandoval / Gunther Manuel Salinger Ehrenfried. *Felicidad*: © Cristiano Minellono / Dario Farina / Gino De Stefani. *Cárcel de oro*: © Rafael de León Arias de Saavedra / Manuel López Quiroga Miquel / Antonio Quintero Ramírez. *El amor acaba*: © Manuel Álvarez Beigbeder Pérez / Ángeles Álvarez Beigbeder Casas / Beatriz Álvarez Beigbeder Casas / Viviana Álvarez Beigbeder Casas / Alejandra Álvarez Beigbeder Casas. *La fuerza del corazón*: © Alejandro Sánchez Pizarro. *Se me olvidó otra vez*: © Alberto Aguilera Valdez. *Corazón, corazón*: © José Alfredo Jiménez Sandoval. *Un viejo amor*: © Alfonso Esparza Oteo / Adolfo Fernández Bustamante. *Corazón loco*: © Dannenberg Richard / Gunther Manuel Salinger Ehrenfried. *Lo siento, mi amor*: © Manuel Álvarez / Purificación Casas. *Miénteme*: © Armando Domínguez Borrás. *Que seas feliz*: © Consuelo Torres Ortiz Velásquez. *Amores*: © María Trinidad Pérez Miravete Mille. *Pobre Cristina*: © Joaquín Ramón Martínez Sabina / Antonio Pérez García de Diego / Francisco José López Varona. *Himno al amor*: © Édith Piaf / Margueritte Angele Monnot / Julián Mario Suárez Gómez. *Esta cobardía*: © Francisco López Cepero García / Francisco Martínez Moncada. *Se nos rompió el amor*: © Manuel Álvarez Beigbeder Pérez / Purificación Casas Romero. *Tómame o déjame*: © Juan Carlos Calderón de Arroyabe. *Dónde estás, corazón*: © Luis Martínez Serrano / Augusto Pedro Berto. *Ese hombre*: © Manuel Álvarez Beigbeder Pérez / Purificación Casas Romero. *Qué bonita la vida*: © Daniel Martín / Fabio Alonso Salgado / Ignacio García López

Se han realizado todos los esfuerzos para contactar con los propietarios de los *copyrights*. Con todo, si no se ha conseguido la autorización o el crédito correcto, el editor ruega que le sea comunicado

Primera edición: octubre de 2014

Depósito legal: B. 18.128-2014

ISBN 978-84-08-13244-8

Composición: Víctor Igual, S. L.

Impresión y encuadernación: Cayfosa (Impresia Ibérica)

Printed in Spain – Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**



# Índice

<i>Declaración de amor y de intenciones</i>	7
<i>Introducción: Del amor al odio...</i>	11
1. La infancia	17
2. Historias de la historia	25
3. ¿Canciones de amor?	31
4. ¿Qué se entiende por la pareja perfecta?	41
5. Por qué duran los que duran	49
6. Instintos básicos	59
7. El amor acaba	65
8. El deseo	75
9. Otras pasiones	81
10. Hace tiempo que no siento nada al hacerlo contigo	91
11. Mamá y papá	97

12. Amor y sexo	103
13. Del amor y del odio	115
14. La felicidad breve	119
15. Átame	125
16. ¿Son más conservadores los gays de hoy?	133
17. Miénteme más	141
18. Las desgracias, ¿unen o desunen?	149
19. Amor eterno	155
20. Vidas tormentosas	161
21. ¿Somos mucho más tiempo infelices que felices?	177
22. Esta cobardía...	181
23. Lo que mata la pasión	189
<i>Epílogo: Amar, ¿para qué?</i>	195

**E**n muchos momentos de la vida, la mayoría de las personas recordamos con nostalgia la infancia, aquellos despreocupados años en que todo estaba por llegar. Lo que llegaría realmente ya es otro asunto. Pero quedémonos, por lo pronto, en esa época, que empieza cuando nos acercan los pechos de nuestra madre y culmina en la adolescencia. Cada uno de esos instantes está lleno de amor. Vagamente al principio, y con más nitidez después, nunca olvidaremos esa etapa amable de la vida: los rostros de quienes nos quieren, sus gestos de cariño, su manera de cuidarnos... Sin olvidar los olores, el color de lo que vemos, los hallazgos iniciales y sorprendentes, el descubrimiento de los sabores, el valor del tacto, las primeras palabras que decimos, las que escuchamos,

la sonrisa que nos dedican, las miradas cómplices y envueltas de ternura... Sé que hay quien ha tenido y tiene una niñez terrible, que jamás ha gozado de esas horas dulces y felices, pero generalmente los adultos sienten añoranza de lo que fueron aquellos años. En la juventud, y más tarde en la vejez, es imposible no asomarse al pasado, a los momentos en que todo comenzaba, y no lanzar un silencioso suspiro, a pesar de que cuando éramos niños teníamos una aspiración fundamental: ser mayores. ¡Tremenda y equivocada aspiración! Va a acabar siendo verdad que la prisa no es una buena consejera. Al menos la prisa por crecer.

Serrat, lúcido y mágico, tiró también de una fina y conmovedora ironía para describir con su lenguaje musical la edad en la que necesitamos el abrigo, la protección de los mayores para recorrer un camino del que todavía no somos conscientes.

*Niño, deja ya de joder con la pelota.  
Niño, que eso no se dice,  
que eso no se hace,  
que eso no se toca.*

Claro que el mismo Serrat, como cerrando un ciclo y echándose un vistazo a sí mismo, escribiría unos de sus mejores versos al hablar de

«aquellas pequeñas cosas que nos dejó un tiempo de rosas». Al menos para mí ese tiempo fue la infancia. Y con él, la inocencia. «¡Esa bendita inocencia!», que dijo Machado. Aún estaban por venir, entonces, las responsabilidades. Nuestras obligaciones se limitaban a estudiar, limpiarnos bien los dientes y hacernos la cama. ¿Cuántas veces nuestros padres —y desgraciadamente con la situación actual ha dejado de ser algo exclusivo de las generaciones anteriores— no habrán tenido que hacer juegos malabares para que no nos faltara nada? ¿A cuántas cosas no habrán renunciado para sacarnos adelante? ¿Cuántas veces habrán dado la vuelta a sus chaquetas, a sus vestidos, para arroparnos dignamente a nosotros? Ésa era su misión, de la que, entonces, vivíamos ignorantes. La administración de la escasez, la multiplicación de los panes y los peces, el ahorro de la peseta para alcanzar, como saltadores de pértiga, el temible final de cada mes. Y estaban siempre en alerta con nuestra salud, asegurando y controlando nuestro equipamiento y dejando algo —algo de lo que ellos se tenían que privar— para nuestras diversiones. Un amor sin límites, sin condiciones. Bueno, sí, una sólo: sacar buenas notas. Llegar a casa con un suspenso era entrar por la puerta dando un disgusto a nuestra familia. Ése era el único esfuerzo que teníamos que



hacer. ¡Qué lejos estábamos de conocer la dureza y el dolor de la vida!

En este tema no puedo ser muy objetiva, porque mi infancia fue una época dorada, rodeada de una familia maravillosa con unos hermanos con los que poder jugar a policías y ladrones, pues crecí rodeada de varones. Como conté en mis memorias, siempre fui «la niña», a pesar de que luego vendrían mis hermanas: en algunos momentos casi hijas para mí.

Si no hubiese sido tan precoz en el amor, mi felicidad plena habría durado más. Pero a los trece años ya me fijé en el hijo de unos amigos de mis padres. Así que puse en él mis ojos, mis esperanzas, mis ilusiones y mi traje de organdí rosa para captar su atención. Sinceramente: estaba monísima. Lamentablemente, el muchacho pasó millas de mí. No sucumbí al desaliento, no me dejé arrastrar por aquella calabaza que me habían dado tan temprano ni me retiré como Juana la Loca a llorar mis penas bajo las almenas de un castillo. Como decía Cela, «el que resiste gana». Y a los dieciséis años, por fin, llegó el verdadero primer amor en el más estricto sentido de la palabra. Y en todos los sentidos. Lo que no sabía a esa edad es que con aquella relación estaba cayendo en lo que el ya citado Ortega y Gasset llamaba «estado de imbecilidad transitorio». También des-

conocía que, afortunadamente, era sólo eso: transitorio. Pero yo me lo tomaba a la tremenda, como si no hubiera un mañana en el que no existiera sobre la faz de la tierra un sitio para mí si no era a su lado. ¡Qué risa! Sin embargo, en aquel tiempo yo vivía en un puro desasosiego, invadida por los celos, la inseguridad y el miedo a que se me escaparan de los dedos unos momentos tan maravillosos. Maravillosos y... a escondidas: siempre estaba presente la inquietud por lo que ahora llamamos con absoluta naturalidad el sexo. Pero entonces eso ni se nombraba. O sea, se hacía y se callaba. Por si fuera poco estaba ÉL. Y ÉL, en mayúsculas, es lo mismo que decir el hombre. Pues eso, allí estaba el director del equipo, el policía municipal sin uniforme, pero dirigiendo tu vida como si fuera el tráfico en hora punta: «Niña, no te pintes, súbete el escote y baja la falda, a ése ni mirarlo, con el otro ni se te ocurra hablar y algunas de tus amigas no me gustan». Vamos, que aquello del amor, para ser el primero, empezaba a ser una jodienda. También en el estricto sentido de la palabra.

Ya sé, lo sé perfectamente, que hoy la realidad es otra. Las adolescentes pasan de niña a mujer más rápido que Chabeli en la canción de su padre, Julio Iglesias, y que Chabelita en los flashes de los *paparazzi*: las dos parecían predestina-

das por el nombre. En fin, que ahora... ¡Ahora sí que tienen prisa! Casi no hay ya ni flirteo y se va directamente del botellón a la cama. Bueno, a las camas. Conste que no hay en estas palabras ningún trasfondo de reproche moral. Sólo que, desde la experiencia de mis años y de lo que he vivido, me parece un error saltarse esa especie de *timing* que son las etapas de la vida.

Así las cosas, a los veinte años muchas chicas ya pueden llevar cinco desengaños amorosos a la espalda, como resultado de una precipitada convivencia. Y subrayo esa palabra: *convivencia*. De eso estoy hablando: de lo que va más allá de las lógicas relaciones sexuales en la adolescencia. A ese grado de compromiso se llega sin vivir las vísperas, cruzando sin respirar del dicho al hecho, de compartir techo con los padres a compartirlo con una pareja a la primera de cambio, a la independencia precoz. De esa manera, a los veinte años ya sabes todo lo que puedes saber o esperar del amor. Hay que dar tiempo a esa meta feliz que consume el tema sentimental en pareja, en lo que se refiere a convivencia.

*V*oy a apoyar este libro aclarando que no pretende ser agorero ni catastrofista, y que intenta ser objetivo al enumerar los pros y, fundamentalmente, los contras de ese, para mí, supervalorado sentimiento. Nos podemos ir a las historias de parejas famosas para hacer un recorrido emocional y ver cómo las marcó el amor y adónde las condujo en la vida.

Por ejemplo: Isabel Amalia Eugenia, duquesa de Baviera, más conocida como Sissi y que habría de ser coronada emperatriz de Austria. Bueno, el tiempo, los hechos y el que sería su marido la coronarían después con algo más que una tiara de zafiros: los cuernos. Pero al principio de su existencia, Sissi vivía feliz y plácidamente en los campos de Baviera con un padre y una

madre estupendos, con una libertad plena y adelantada a su época. Era bella, culta e inteligente. No se le podía pedir más a la niña: el futuro tenía que ser suyo. Pero el futuro iba a tener un nombre y unas consecuencias: el emperador de Austria Francisco José. Inicialmente no estaba previsto que él fuera a ocupar el trono de su país ni Sissi el de su corazón. El destino, a veces, tiene estas carambolas. Así, por asuntos familiares casuales, Francisco José pasó a ser emperador, y por la mala puntería de Cupido al lanzar sus flechas, se convirtió en el esposo de Isabel, cuando en realidad la que iba a ser elegida consorte era su hermana Elena. Es lo que también tiene el amor: sus insospechados cambios de planes. Claro que haberle birlado el marido a su hermana le valió a Sissi llevar en el pecado la penitencia.

Por muy emperatriz de los austriacos que fuera, Sissi tenía sus propios criterios, una rebeldía innata y, lo que es peor, una suegra que no la tragaba. Tenía, además, un palacio que se le caía encima y un marido que tras la pasión inicial le aburría —nunca mejor dicho— soberanamente. De esta manera, el hermoso rostro de Isabel se fue cubriendo con un velo de tristeza, con un gesto que ya nada tenía que ver con el de sus años y sus sueños de soltera. Y Sissi inició una huida hacia delante, buscando en la distancia lo que la

cercanía con Francisco José no le permitía: ser feliz. Ella se dedicó a viajar por el mundo y él se entretuvo en esas ausencias con un buen puñado de mujeres a las que dejaría como recuerdo un número incalculable de hijos. Tampoco parece que a la emperatriz le importaran mucho los escarceos del emperador. Una vez que supo que al lado de ese hombre el sol no iba a entrar por los ventanales de palacio, lo que buscaba era simplemente no sufrir las consecuencias del desamor y de una familia muy real, muy de largo pedigrí, pero muy rancia y estirada para los modos de una mujer que desesperadamente buscaba la libertad y ser feliz. La muerte de una hija y el supuesto suicidio de su único hijo varón acabaron de enterrar para siempre cualquier atisbo de luz en su vida. La suya terminó a manos de un anarquista italiano que la asaltó en plena calle y le clavó un estilete, dejándola herida mortalmente una mañana de septiembre en la fría y hermosa, como Sissi, ciudad de Ginebra.